



REVISTA DE LIBROS

## Comentario bibliográfico

**Starikov, Nikolai: *Stalin. Vspominaem vmeste*, Moscú, Piter, 2012.**

**Víctor Augusto Piemonte**

UBA/CONICET

*augusto.piemonte@gmail.com*

**N**ikolai Starikov se graduó como economista en el Instituto Palmiro Togliatti de la Universidad Estatal de Ingeniería y Economía de San Petersburgo. Cuenta con una amplia y vertiginosa trayectoria en la redacción de obras de historia y economía de Rusia que lo ha posicionado como un especialista muy solicitado por los medios rusos para brindar su opinión sobre diversas temáticas nacionales. Personalidad de elevada exposición pública, Starikov es, además, uno de los fundadores y líderes de la asociación pública Unión de los Ciudadanos Rusos, de raigambre nacionalista y favorable al gobierno de Vladimir Putin. En su libro anterior publicado en 2008, *Kto zastavil Gitlera napast' na Stalina? (¿Quién forzó a Hitler a atacar a Stalin?)*, Starikov había examinado los apoyos diversos que habían contribuido al ascenso de Hitler al poder y que habían tomado parte en las decisiones adoptadas por el gobierno nazi. El propósito de aquella obra era, según se hacía constar de manera explícita, dar a conocer al público la participación de quienes habían instigado la tragedia de la Segunda Guerra Mundial. Por medio de este procedimiento el autor pretendía romper con el viejo molde explicativo según el cual las responsabilidades mayores por los crímenes cometidos a partir de septiembre de 1939 (y más precisamente, desde la invasión a la Unión Soviética en junio de 1941) correspondían a la

figura de Hitler, en primer lugar, y de su círculo íntimo, en segunda instancia. Aunque abocado en su nuevo escrito a abordar de manera más concreta la centralidad de un único autor individual, la metodología asumida en *Stalin. Vspominaem vmeste (Stalin. Recordemos juntos)* es repetida en este nuevo estudio en la medida en que establece también aquí una negación absoluta de las teorías científicas plasmadas por las diversas corrientes historiográficas existentes.

En el prefacio Starikov anticipa que no se tratará de una biografía. No obstante, inmediatamente aclara que se tratará de una descripción de Stalin a partir de los recuerdos formulados por la gente que lo conoció en persona. Es decir que se está efectivamente delante de una biografía confeccionada a partir del recurso de la memoria histórica. El objetivo de la narración también es explicitado por el autor de manera clara y concisa: se busca refutar ciertas versiones “falsas” construidas a lo largo del tiempo en torno de “la persona más conocida” en toda la historia de Rusia. La relevancia del contexto en que debió actuar el principal dirigente soviético durante casi tres décadas es destacada de manera singular, al ser contrapuesta la lucha entre aquellos sistemas económicos, sociales, políticos y filosóficos que por entonces dividieron al mundo, dos cosmovisiones que se enfrentaron en un largo combate que finalizó con la victoria de un capitalismo que prometía prosperidad y en cambio solo trajo consigo crisis agudas como la que actualmente padecen Estados Unidos y los países de Europa Occidental. Para validar este punto continuista, introduce un pasaje del informe político al Comité Central del Partido Comunista en su XVI Congreso leído por Stalin el 27 de junio de 1930, y apoyado en esta cita de autoridad que descubre por completo su postura ideológica, Starikov sentencia que, después de 81 años transcurridos desde aquel momento, no se han producido cambios significativos que permitan visualizar ningún tipo de avance en el mundo actual.

Por medio del primer capítulo se termina de definir esta cuestión, este apego intelectual — que se irá revelando cada vez más afectivo con el correr de las páginas— con el líder georgiano. Así, las discusiones verbalizadas pero faltas de diálogo reflexivo en contra de las “posturas liberales” no se hacen esperar. A la denuncia de graves errores que costaron un enorme número de muertes evitables en la Segunda Guerra Mundial y la conclusión consiguiente de que la invasión alemana fue derrotada por el pueblo ruso a pesar del liderazgo de Stalin, apoyadas en documentaciones históricas de la era Khrushchev, Starikov responde con acusaciones en contra

de lo que estima es un virtual “revisionismo oportunista”. Bajo su perspectiva, no resulta admisible que las responsabilidades por los equívocos cometidos recaigan enteramente en una sola figura que es, además, igualmente responsable por la obtención de la victoria final. El triunfo sobre los nazis no se logró *a pesar* de sino *debido a* Stalin. La malversación de los hechos a manos de los historiadores y politólogos habría intentando, durante años, privar a Stalin de sus méritos como conductor militar. Por ejemplo, escribe Starikov, fue gracias a él que el Ejército Rojo, tan lejos en 1942 de ser una fuerza adecuadamente preparada para enfrentar el poderío sin precedentes del ejército alemán, aprendió a superar algunas imperfecciones básicas de organización mediante el recurso de las comunicaciones radiofónicas. Son varios más los señalamientos de incompetencias que dejan los altos mandos en el ejército soviético y que deben ser ocupados con celeridad y eficiencia por Stalin. Ya sea indicando a los aviadores la necesidad de destruir los aviones enemigos de combate, ya sea enseñando al cuerpo de tanquistas cómo efectuar disparos con sus complejas maquinarias, Stalin se revela en el texto como un auténtico genio militar. Estas afirmaciones encuentran sustento en la aceptación ciega de los registros integrados en los Archivos del Ministerio de Defensa de la Unión Soviética. Lo que no menciona Starikov es el hecho de que, en gran parte, estas deficiencias en la dirección militar se explican a partir de las ejecuciones de muchos de los oficiales soviéticos, víctimas de los procesos de Moscú. Antes bien, remarca las habilidades de Stalin para llevar a cabo prácticamente en solitario la defensa del vasto territorio soviético avasallado por las tropas de Hitler. Si fronteras adentro Stalin no encuentra aliados de peso en los cuales apoyarse, lo mismo ocurre con el exterior amenazado. En este sentido, el capítulo 8 es una muestra de cómo su capacidad de estrategia permitió al Ejército Rojo ganar la admiración del primer ministro británico Winston Churchill, aunque no consiguiera granjearle a tiempo el compromiso de un pacto para elaborar un contraataque conjunto sobre las potencias del Eje. En contraposición a este ajuste de cuentas con la historia de la diplomacia inglesa, Starikov dedica todo el capítulo 9 a resaltar la valentía de Charles de Gaulle, señalado como el único líder occidental que se atrevió a enviar una parte de su ejército para colaborar en el frente oriental. Entre estadistas con oficio se comprendían y podían confiar el uno en el otro: si de Gaulle asumía el riesgo de fraccionar el debilitado ejército francés era porque actuaba movido por el afán de demostrar al gobierno británico que, llegado el caso,

podía prescindir de su apoyo y establecer lazos de solidaridad con la Unión Soviética de Stalin.

Para dar más crédito a esta versión de un Stalin propenso a los aciertos en el campo de la beligerancia, Starikov dedica el capítulo 5 de su libro a denunciar las historias “míticas” plasmadas en las memorias del mariscal Georgy Zhukov, héroe del Ejército Rojo en la Segunda Guerra Mundial. Caído en desgracia durante los últimos años del régimen stalinista, Zhukov había sido reposicionado como héroe soviético tras la realización del célebre XX Congreso del PCUS en 1956. Pero Starikov propone que la quita de reconocimiento a Stalin que esto significaba era producto de una operación puramente política que poco tenía que ver con la realidad del pasado soviético. Queda claro en *Stalin. Vspominaem vmeste* que estamos ante la historia de un líder pretendidamente omnipresente y omnisciente, un hombre extraordinario capaz de ganar con su astucia una guerra y atender al mismo tiempo asuntos de política exterior y velar por el buen funcionamiento del partido y del Estado.

Del mismo modo, la relación con la cultura abordada en el segundo capítulo muestra que, como en todos los emprendimientos en los que tomaba parte, Stalin trabajaba sin descanso. Su programa cultural aparece como continuador de la obra de Lenin. Esta afirmación es apoyada por acciones concretas tales como la promulgación del decreto sobre la educación primaria universal, la construcción masiva de escuelas y el aumento sideral de la población alfabetizada. No obstante, se trata en todos los casos de medidas adoptadas desde 1931, es decir, con posterioridad al fin de la llamada “Revolución cultural”, aquel concepto pergeñado en tiempos del Primer Plan Quinquenal que era utilizado para referir a la confrontación política existente entre la *intelligentsia* burguesa y el Partido Comunista. Si con Lenin las vanguardias artísticas e intelectuales habían encontrado un terreno bastante amplio para realizar sus proyectos, a partir de la “Revolución cultural” se produjo un quiebre, que consistió básicamente en la supeditación de la cultura a la política. Pero esta cuestión es evadida de plano por Starikov, quien se contenta con asimilar las políticas culturales adoptadas por la Unión Soviética en las décadas de 1920 y 1930. Es por ello que el autor, sin dudar ni un instante de la verosimilitud de un intercambio epistolar producido en un contexto de muy alto riesgo para la más mínima discrepancia con el poder político, puede proponer que el contacto entre Stalin y el escritor Mikahil Bulgakov fue altamente beneficioso para este último, tras advertir que una suerte de mecenazgo stalinista le abrió las puertas más importantes en el

campo de la cultura para la difusión de su arte. Antes que establecer vinculaciones fundamentadas entre aquellos dos momentos esenciales de la historia cultural soviética, Starikov prefiere reponer algunas memorias de allegados a Stalin que lo muestran como gran lector, estudioso, memorioso y erudito. De hecho, se nos informa que los profundos conocimientos sobre pensamiento marxista le habían valido en la región transcaucásica el apodo de “segundo Lenin”. La expulsión en 1938 del Partido Comunista y de la Unión Soviética de Escritores sufrida por Demyan Bedny, poeta satírico que rápidamente había abrazado la causa bolchevique, es utilizada por Starikov para atacar a Nikita Khrushchev. Renegando del reaceramiento que en los años finales de la Segunda Guerra Mundial se había producido entre Stalin y Bedny, el secretario general del partido en 1956 había rehabilitado póstumamente al escritor purgado, tras considerarlo un promotor de la revolución comunista. En su operación, Khrushchev no daba cuenta de la protección que, al entender de Starikov, había dispensado siempre Stalin a los artistas e intelectuales soviéticos. Así, Bedny había sido responsable de su propia sentencia al ostracismo político y literario. En definitiva, se trata de pocas precisiones sociales abarcativas y demasiadas referencias individuales para un estudio que no se reconoce como biografía. Sin ir más lejos, los capítulos 4, 6 y 11, se titulan “Biografía de Stalin e historia del país”, abarcando, respectivamente, los años de 1879 a 1938, de 1938 a 1943 y de 1943 a 1953. Intercalados en la narración central, en estas secciones se comentan algunos episodios considerados importantes en el pasaje de su juventud a la adultez, mientras se enumeran al mismo tiempo algunos momentos cruciales en la historia de Rusia que aparecen como subsidiarios de aquel modelamiento en la personalidad y la conducta de Stalin. Llegado este punto, la compulsión con Trotsky no puede ser pasada por alto.

Según el relato de Starikov, había sido acertada la advertencia formulada por Stalin en noviembre de 1924 respecto de la necesidad de enterrar al trotskismo en tanto corriente ideológica contrarrevolucionaria. En la idea de que, para sobrevivir en una Rusia atrasada, resultaba prioritario exportar la revolución socialista al resto del mundo, Trotsky había develado el verdadero trasfondo de su intención política: sacrificar a manos de banqueros norteamericanos y británicos la explotación de los recursos soviéticos para alcanzar cierto nivel de desarrollo económico interno. Stalin proponía, en cambio, una solución realmente nacional, basada en la creación de un estado sólido e independiente a partir de su doctrina de “socialismo en un solo

país”. Efectivamente, el autor concuerda con Stalin en que Trotsky no era más que el representante del capital bancario mundial dentro de la Unión Soviética. Stalin desempeñó de hecho un papel fundamental para el desarrollo económico del país. Heredero de Pedro el Grande, se ha erigido en el verdadero modernizador de Rusia. Las fuentes utilizadas aquí, como en la mayor parte del libro, se reducen a lo escrito por Stalin, por lo que no hay ninguna contraposición de opiniones entre los antagonistas coetáneos. Una vez más, Starikov no consigue aportar una sola prueba que sustente esta nueva afirmación altisonante, y todo se queda en un vacuo ejercicio de opinión a base de conjeturas.

La metodología adoptada por Starikov, consistente en realizar una toma de distancia entre los grandes procesos y problemáticas nodales respecto de los actores sociales fundamentales para proceder a buscar interpretaciones monocausales centradas *a priori* en las acciones de un único sujeto participante, constituye a todas luces el punto más débil en *Stalin. Vspominaem vmeste*. A diferencia de los estudios elaborados con rigor científico que versan sobre la vida y obra de Stalin de, por mencionar algunos casos, Simon Sebag Montefiore o Robert Service, de importante difusión entre el gran público, son prácticamente desconocidas en Occidente los últimos posicionamientos historiográficos al respecto producidos dentro de Rusia (con la excepción de los análisis críticos de los hermanos Zhores y Roy Medvedev). Estos trabajos recientes, aunque confeccionados desde la seriedad que se sustenta en el acceso prolífico a fuentes primarias, no consiguen brindar consistencia a unas interpretaciones de los hechos entrelazados en la historia soviética que no van más allá del señalamiento meticuloso de las acciones emprendidas por el estado soviético y el Partido Comunista de la Unión Soviética directamente a partir de los dictámenes emanados por su secretario general. Pero en el nuevo registro de Nikolai Starikov las expectativas generadas en el lector acerca del contacto con una obra reflexiva superadora quedan truncas desde el primer momento. Basta pasar las primeras páginas para advertir que se trata de un trabajo orientado a matizar la condena histórica de la que fue objeto Stalin dentro del campo historiográfico universal.

Quien se acerque a este libro esperando encontrar algún punto de vista renovador sobre los orígenes, el desarrollo y las significaciones posibles del régimen stalinista deberá resignarse en cambio a adquirir un acervo de informaciones superficiales: la vida privada de Stalin auscultada

en zonas hasta entonces poco exploradas. Particularmente representativo de esta propuesta es el capítulo 8, en donde tiene lugar una descripción algo pormenorizada del “Stalin formal”, escudriñado en la cotidianidad de su círculo de colaboradores, y el “Stalin informal”, construido en la cotidianidad de su círculo familiar. En ambos casos el corolario proporcionado a partir de los testimonios aportados por familiares, amistades, diplomáticos, artistas, políticos y militares, arroja la corporización de todo un *self-made man* al sur del Cáucaso, un hombre influyente tan amado como respetado (nunca temido) por un pueblo ajeno a los costos sociales provocados por los procesos de la colectivización forzosa en el campo y la industrialización acelerada. Tanto así, que las referencias a las más importantes personalidades del pináculo político y sindical que compartieron el escenario central de la historia política soviética en los años de acción política de Stalin quedan relegados a apariciones llamativamente esporádicas. Zinoviev, Bujarin, Kamenev, Yezov, Beria, y hasta el mismo stalinista incondicional Zhdanov, apenas parecieran haber ejercido alguna incidencia en los debates y acontecimientos más trascendentes de aquel prolongado período. El polifacético comisario del pueblo Aleksei Rykov y el líder sindicalista Mikhail Tomsky, miembros ambos de la vieja guardia bolchevique, no resultan destinatarios más que de una única mención tangencial. En su papel de gran enemigo contrarrevolucionario, Trotsky es convocado algunas veces más para sacar a relucir, sin mediar análisis, la corrección y la eficiencia de las disposiciones stalinistas. Como es de esperar, quien sí cuenta con varias intervenciones es Lenin, respecto del cual Stalin obtiene las más provechosas lecciones acerca de cómo conducir el Estado en su camino hacia la construcción del socialismo. De tal modo, el resultado de la obra es el triunfo de la propuesta de su autor: recurrir al entorno de la máxima autoridad del Partido Comunista de la Unión Soviética que por más tiempo se mantuvo en el poder a lo largo de la historia soviética y que suscitó algunas de las transformaciones más radicales, duraderas y polémicas, con el propósito evidente no de analizar en mayor profundidad la naturaleza del stalinismo, sino de rescatar sus virtudes a los fines de humanizar a un líder que, tal como puede leerse en el séptimo capítulo, ni aún en los momentos más trágicos evitaba dar muestras de un gran sentido del humor.

En el desenlace de su libro, Starikov deja abierta la posibilidad de que sea este un primer abordaje a la obra de Iosif Stalin. Nuevas contribuciones provenientes de la pluma del mismo

autor vendrían a continuar ahondando en la extensa producción del líder soviético. Starikov se asigna a sí mismo una función política transmutada en ética, consistente en devolver al gran modernizador ruso del siglo XX el lugar de privilegio que se habría ganado dentro de la historia de la Unión Soviética y que habrían intentado arrebatarse injustamente Khrushchev y los demás miembros de aquel cuerpo colegiado que en el mes de octubre de 1956 cambiaron para siempre la forma de ver a Stalin en el mundo entero. En realidad, las críticas al culto a la personalidad reveladas en el XX Congreso del Partido Comunista soviético fueron leves antes que lapidarias. No obstante, generaron profundos debates y crisis al interior de varios partidos comunistas y abrieron la posibilidad de reinterpretar el pasado de la Unión Soviética, re-convirtiéndolo en un objeto de análisis irresistible para los posicionamientos teóricos más variopintos. Si bien las aseveraciones auto-exculpatorias condensadas en las críticas al culto a la personalidad como fuente de todos los “excesos” de un sistema que en condiciones “normales” funcionaba correctamente fueron debidamente cuestionadas desde dentro del comunismo por abreviar en interpretaciones contrarias a las metodologías de análisis promovidas desde el marxismo, *Stalin. Vspominaem vmeste* puede ser leído como una actualización de la hagiografía preparada por el Instituto Marx-Engels-Lenin de Moscú y editada en Buenos Aires por la editorial Problemas del Partido Comunista de la Argentina en 1946 bajo el título de *Stalin. Esbozo biográfico*. El desconocimiento de las premisas y los resultados producidos alrededor de todo un cúmulo de cuestiones fundamentales a partir del desarrollo de una infinidad de debates científicos hace que el último libro de Starikov, éxito de ventas en Rusia, deje sin efecto los avances historiográficos para provocar un reencuentro con aquella vulgarización de una ideología sin teorías que constituyó, por medio de las consecuencias prácticas que habilitó, uno de los más perniciosos rasgos del stalinismo maduro.